



HOGARES DON BOSCO

FORMACIÓN CRISTIANA

ETAPA III

JESÚS, HOMBRE

**“PROBADO EN TODO, DE UNA
MANERA SEMEJANTE A NOSOTROS,
A EXCEPCIÓN DEL PECADO”(Hch
4,15)**

ORACIÓN

Marcos 6, 2-3

“Cuando llegó el sábado, empezó a enseñar en la sinagoga; la multitud que lo oía se preguntaba asombrada: “¿De dónde saca todo eso? ¿Qué sabiduría es esa que le han enseñado? ¿Y esos milagro de sus manos? ¿No es éste el carpintero, el hijo de María, hermano de Santiago y José y Judas y Simón? Y sus hermanas, ¿no viven con nosotros aquí? Y esto les resultaba escandaloso.”

JESÚS, HOMBRE

«PROBADO EN TODO, DE UNA MANERA SEMEJANTE A NOSOTROS, A EXCEPCIÓN DEL PECADO» (Hch 4,15)

LA PALABRA DE DIOS

«Salió un decreto del emperador Augusto, ordenando hacer un censo en el mundo entero. Éste fue el primer censo que se hizo siendo Cirino gobernador de Siria. Y todos iban a inscribirse, cada cual a su ciudad. También José, que era de la casa y familia de David, subió desde la ciudad de Nazaret, en Galilea, a la ciudad de David, que se llama Belén, en Judea, para inscribirse con su esposa María, que estaba encinta.

«Y mientras estaba allí le llegó el tiempo del parto y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no tenían sitio en la posada.» (Lc 2,1-7)

Sabemos por los Evangelios, pero también por diversos autores no cristianos como Tácito, Plinio, Flavio Josefo y otros, que un hombre llamado Jesús vivió en Palestina, el tiempo en que se sucedían en Roma los emperadores Augusto y Tiberio.

¿QUÉ NOS DICEN LAS ESCRITURAS DE LA HUMANIDAD DE JESÚS?

Aunque hay otros testimonios de su existencia histórica, es esencialmente a través de los Evangelios por donde nosotros podemos descubrir toda la consistencia de la humanidad de Jesús.

En efecto, los Evangelios nos dicen que Jesús nació de una mujer (Lc 2,4- 7), que creció en una familia como cualquier otro muchacho (Lc 2, 51-52), que trabajó en el taller de su padre (Mt 13, 54-56), que vivió intensamente sus años de madurez y que por fin murió trágicamente (Mc 15,33-37).

Los Evangelios nos presentan también la riqueza y la profundidad de su personalidad. Jesús mantuvo, con delicadeza y ternura, vivas relaciones de amistad: se preocupa por el cansancio de los Apóstoles a la vuelta de su misión (Mc 6, 30-31); ama espontáneamente al joven rico que lo abandona (Mc 10, 7-22); llora sobre la tumba de su amigo Lázaro (Jn 11, 32-36); desea

«ardientemente» celebrar la Pascua con sus discípulos antes de su pasión (Lc 22, 15-16).

Al mismo tiempo, los Evangelios nos muestran también que Jesús, sin encerrarse nunca en los formalismos culturales o religiosos, iba directo al corazón de los problemas y comprendía el interior de las personas: estaba atento, dispuesto al diálogo, caritativo para con las personas cuyas situaciones culturales o religiosas eran diferentes de la suya: los niños (Mc 10, 13-16), la mujer de Samaría (Jn 4, 6-27), el leproso samaritano (Lc 17, 11-16), la Cananea (Mc 7, 25-30), el centurión romano (Lc 7, 2-10), la prostituta condenada por los fariseos (Jn 8, 5-11) o aquella que se arrojó a sus pies para perfumarlos (Lc 7, 36-48).

Nos transmiten también cómo Jesús celebra comidas con los amigos (Jn 2, 1-2; 12, 1-2), y con aquéllos con los que Él quería aproximarse: fariseos, publicanos, “pecadores” (Mc 2, 15-16; Lc 19, 1-5; etc), hasta tal punto que se le ha reprochado ser «comedor y borracho» (Lc 7, 34).

Los textos evangélicos nos muestran también un Jesús que vive en armonía profunda con la naturaleza de la que toma numerosas imágenes para sus discursos y parábolas: los árboles que producen fruto (Jn 15, 1-6; Lc 21, 29-31), las simientes que se transforman lentamente en plantas y en flores de los campos (Mt 13, 24-30; Lc 13, 18-19; Mc 4, 26-29), los pájaros que pueblan el cielo (Mt 6, 25-30), los peces que los pescadores cogen en sus redes (Mt 13, 47-49), las ovejas que siguen dócilmente a su pastor (Mt 18, 12-14), o el aspecto del cielo que anuncia el tiempo que va a hacer (Lc 12, 54-57), etc.

E incluso, nos muestran a un Jesús capaz de tener accesos de indignación ante comportamientos que comprometen la justicia de las relaciones con Dios y con el prójimo: basta recordar el pasaje de los mercaderes del templo (Jn 2, 13-16), su actitud ante los escribas y fariseos (Mt 23, 13-31), ante los ricos (Lc 6, 24-25) o ante la Jerusalén infiel (Mt 23, 37-39)

Pero nos muestran, sobre todo, a un Jesús pendiente de los sufrimientos humanos, que se compadece y los alivia y remedia como nos lo testimonia la larga serie de curaciones que realizó (cf. Mt 9, 23-25; Mc 7, 32-35; Lc 5, 18-25; 7, 11-15; 8, 43-48; Jn 5, ; etc.).

Los relatos evangélicos manifiestan que Jesús tuvo siempre sentimientos de confianza absoluta y de abandono filial en su relación con el Padre (Mc 14, 35-36; Jn 17, 1), y en su oración, que es mencionada a menudo (Mt 14, 23; Lc 6, 12; 9, 18-28; etc.).

Finalmente nos enseñan que Jesús probó la fatiga (Jn 4, 6), que conoció el no tener un domicilio fijo (Lc 9, 58), y que, de manera muy dramática, probó la angustia de la muerte en Getsemaní (Mt 26, 36-38), y el silencio de Dios en la cruz (Mt 27, 45-46). Y que Él aceptó libremente su muerte sin apartarse jamás de su fidelidad al Padre (Mt 26, 39-42).

REFLEXIONES

Lo que se acaba de exponer puede que, para algunos de entre nosotros, parezca algo lejano de nuestra manera de ver a Cristo. Porque, con toda razón, nosotros contemplamos y celebramos en Jesús al Señor resucitado, segunda persona de la Santísima Trinidad, presente en la gloria del cielo.

Es conveniente, por tanto, que reflexionemos acerca de nuestra manera de ver a Cristo, pues si se centra, casi exclusivamente, en su divinidad, corremos el riesgo de mutilar la misma imagen de Dios que ha querido hacerse hombre.

En el proyecto de Dios, en efecto, la encarnación del Hijo, su “humanización” en Jesús no ha sido querida como un episodio

temporal concluido con el fin de la vida terrenal del Señor. Sino, por el contrario, la encarnación ha sido querida y cumplida de manera definitiva. La naturaleza humana del Hijo encarnado queda para siempre unida a su naturaleza divina. Los Evangelios nos transmiten un bello testimonio de ello en las apariciones de Jesús resucitado a sus discípulos: come con ellos, hace que Tomás le toque las llagas... (cf. Lc 24, 28-30; Jn 20, 18-20.26-27; 21, 9-14).

En su amor infinito por el hombre que éste no puede descubrir plenamente por su inteligencia y su voluntad, Dios ha querido hacerse cercano a nosotros, más fácilmente accesible. Es en este sentido en el que la Iglesia nos recuerda que por su encarnación Dios se ha revelado a los hombres.

Podemos volvernos hacia Jesús, Dios y hombre al mismo tiempo, con la confianza de que, como nosotros, es alguien que ha compartido nuestras experiencias, nuestros sentimientos, las esperas y también las decepciones parecidas a las nuestras.

Jesús que es hombre y hombre ejemplar, nos ofrece un modelo de vida; inspira nuestras relaciones con nosotros mismos y con la naturaleza; con las personas y con Dios. Jesús, que es Dios y Salvador, por su encarnación es también para nosotros el hermano que camina a nuestro lado, el guía en nuestra vida terrena.

Para el Diálogo

- Después de lo estudiado, ¿qué nos resulta más nuevo de la persona de Jesús?
¿Qué hemos reafirmado de nuestro conocimiento?
- En nuestra manera de expresarnos, o, incluso, en nuestra oración,
¿consideramos verdaderamente a Jesús en su humanidad?
- ¿Cuando leemos el Evangelio, si estuviéramos más atentos a la humanidad de Jesús,
sería un riesgo para la fe o una ventaja?
- ¿Nos inclinamos a realzar la naturaleza humana de Jesús hasta el punto de no
apreciar su naturaleza divina? O bien,
¿tendemos a no ver en Él nada más que la naturaleza divina?